

Hélène Cixous

EL TERCER CUERPO

Traducción de Margarita Martínez

INTERZONA

EL TERCER CUERPO



Hélène Cixous

EL TERCER CUERPO



INTERZONA

INTERZONA

Cixous, Hélène

El tercer cuerpo / Hélène Cixous. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2022.

160 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de traducciones)

Traducción de: Margarita Martínez.

ISBN 978-987-790-058-3

1. Literatura Francesa. 2. Narrativa. 3. Narrativa Francesa.

I. Martínez, Margarita, trad. II. Título.

CDD 843

© Éditions Des femmes-Antoinette Fouque, 1999

© de la traducción, Margarita Martínez, 2022

© interZona editora, 2022

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Corrección: Florencia Piluso

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Luciano Páez Souza

Asistencia editorial: Fernando Ozón

Ilustración de tapa: Máscara utilizada en la primera representación de *Jacques ou la Soumission* de Eugène Ionesco, anónimo

ISBN 978-987-790-058-3

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Durante mucho tiempo cerré los ojos cuando se iba y me quedé con los ojos cerrados cuando hacíamos el amor. Me pasaba entonces, en aquellos años en que él estaba tan cerca o bien tan lejos, que me perdía en un sin-lugar sin-edad donde ya no sentía nada. A veces me invadía el sueño. Entonces soñaba que se iba, lo veía partir con minucia, y esa partida en detalle me desgarraba la carne de los ojos, tan minuciosamente que mi dolor por saberlo yéndose y mi dolor por verlo partir apilaban mis huesos y laceraban mi piel, y sin embargo lo veía irse, con la espalda chorreante de sangre. Lo veía partir. Entonces los brazos, las piernas, que me pertenecen cuando él está ahí, se me arrancaban para lanzarse sobre él. No busco retenerlo. Pero él está en mi carne, está en mis ojos y es el tuétano de mis huesos. Al irse, él me alejaba de mí misma que no se iba con él salvo por aquello que, en mí, es inmóvil, y si hubiera tenido los ojos abiertos, habría visto su espalda chorreante de sangre. Sos el tuétano de mis huesos. Sos mi carne. Uno de nosotros creía morir con cada partida. Uno de nosotros sabía que no era la muerte sino un dolor igual de vivo y completo como es el cuerpo de quien se iba, como el cuerpo de quien quedaba, idéntico a ese cuerpo, un cuerpo en dolor de ausencia violenta. El cuerpo y el dolor se conocían, y a fuerza de mezclarse, se fusionaban, se designaban por medio de las mismas palabras. Una nueva homonimia había nacido de ellos, a través de su voz o de la mía, sin distinción: “¡Mi brazo!” quería decir también: me duele el brazo (el tuyo, el mío). ¡Oh, mi boca, mis labios, mis dientes y mi lengua! era: salvé mi boca que

es para vos, y mis labios secos, humectalos, y separá mi lengua de mis dientes que la muerden para que no grite todavía oh, mi boca, tus labios, la lengua que me llega de vos para acusarnos mejor de tener cada uno todavía estos labios aquí, estos labios allá, mientras que hace mucho tiempo que no tenemos sino una sola lengua para interrogar y para responder. En cada partida: había que creer en lo increíble, hacer lo imposible, separar el tuétano de sus huesos, y sin embargo caminar, dejar pasar la sangre aquí, hacer latir el corazón allá. Y ver la sangre, el corazón y el tuétano dentro de los huesos. Tener en los ojos el fluír, el latido, la trituración.

Hubo una semana de octubre que fue parecida a una larga e invencible llegada, tan fuerte, prolongada, infalible, tan vibrante a través de todos los sentidos satisfechos sin descanso, que todo habría podido cambiar, y cambió muy probablemente, una semana inesperada, no obstante. Nada lo había anunciado, no lo habíamos preparado, no lo habíamos esperado ni siquiera imaginado. Al menos ni uno ni otro había detectado una huella o signo precursor. Ese momento nos llegó al cabo de varios años, múltiples meses, innumerables días, todos diferentes, con su nombre, su cifra, su gusto singular, y esto en común: todos terminaban con una partida, y cada vez había esa sangre y ese terror en mayor o menor cantidad. Se terminaban, a veces, en una hora, a veces en un minuto, a veces en varias unidades de dolor (horas, días, noches, semanas). A través de una puerta, una boca del metro, un giro en una avenida, una espalda. Hay que arrancar el final como si fuera un apósito: arranque breve, seco, quemadura breve, brusquedad de las necesarias. Teníamos uno con el otro asperezas lamentables. Él había pulido mis desapariciones: yo iba a refinar el método hasta el extremo punto del gesto, hasta el dominio inimitable de un suicidio sin muerte; supe desaparecer de modo tan fino que él no podía todavía dar crédito a sus ojos. Había llegado por fin a tal perfección que mi desaparición desaparecía. Las huellas de mi desaparición

expresaban una indiferencia resuelta respecto de los acontecimientos exteriores, el ojo que miraba directo a su ojo daba testimonio de una visión punzante y extraordinaria, penetrante, que al grabarse sobre la retina dispuesta procedía al repliegue rápido de los pensamientos sobre uno mismo. En suma, mi desaparición se hacía prever por una última mirada ahí donde estaba establecido que todo estaba en orden, porque ella *era* pero no se la podía ver, porque se absorbía a ella misma. T. t. estaba persuadido de ser el lugar de mi desaparición, y me pasaba que lo sentía como tal: pero era solamente en el instante previo a mi reaparición cuando reconocía, por la forma de sus paredes y el olor de sus tejidos, la caja torácica en la cual yo palpitaba, y eso no duraba nada, porque desde el momento en que abría los ojos, mi desaparición había desaparecido, cortada de la memoria de mis sentidos tan al ras como un sueño.

Ese año de octubre fue triunfal: no dejábamos de llegar, la llegada se desplegaba hasta los brazos del otro; repercutía, resurgía, mientras que las desapariciones eran ejecutadas tan notablemente que no las sentíamos siquiera: sabíamos solamente que las atravesábamos a causa de esa llegada propagada, sonora, embriagadora, perfumada, multiplicada, nutrida de ella misma, estimulada por todos los músculos juntos, pero saboreada lentamente. Y no había ni una gota de sangre. Habíamos descubierto el secreto de la llegada al mundo ininterrumpida. Atravesábamos el tiempo como si fuera La Madre Dios¹, figura cómica, protectora, vetusta, ambiciosa, no peligrosa, desbaratada. Sin apurarnos, *lente festinans*. T. t. cortó al pasar los cordones falsos que habían amenazado con

1. *Dieu la mère*, figura de ciertas corrientes del gnosticismo que reivindicaban el carácter doblemente sexuado de Dios (con atributos masculinos pero también femenino-maternales), fue retomada por algunas místicas medievales como Julian of Norwich; no obstante, en la religión cristiana como en los otros monoteísmos, Dios presenta atributos paternos y masculinos. (N. de la T.)

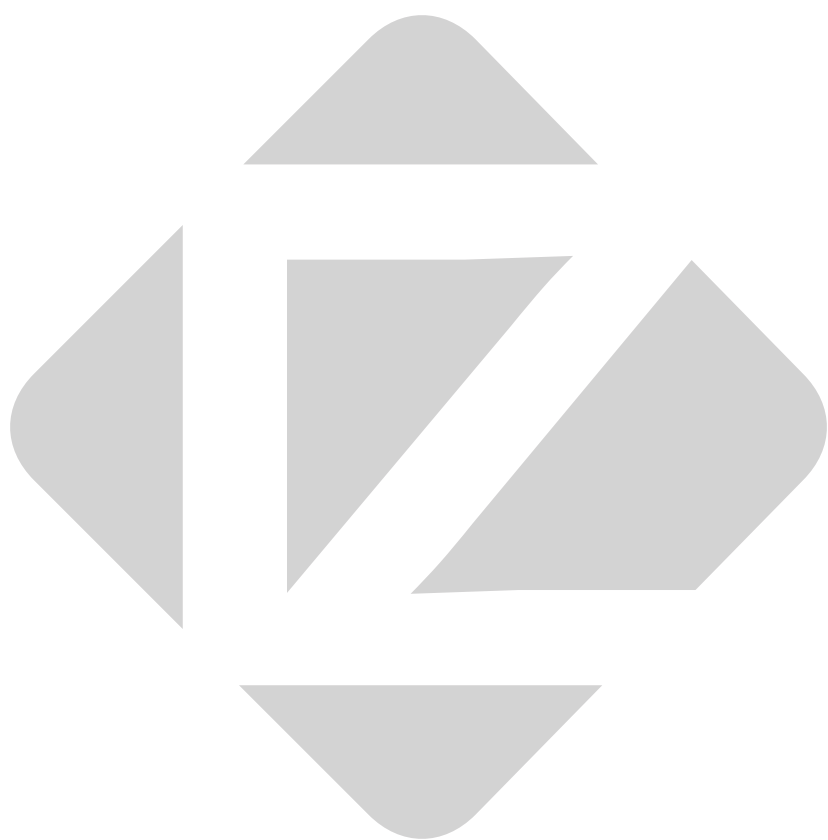
estrangularme mientras que yo estaba resignada a la permanencia de sus nudos, de tan antiguos que eran, y de tan inamovibles que me habían parecido. Y nada, no había ninguna razón para esa revolución, en todo caso ningún signo visible. Oh, Plenitud adorable de ese lunes grávido de un martes que nos dio el miércoles que nos abrió el jueves que nos depositó cerca del viernes que nos dejó en la luz apabullante del sábado. Días altos, de apuestas sostenidas, fuerzas alternadas. A veces me precedía con una alegría, a veces yo posaba nuestro primer paso del día. Me llegó al final desde los ojos, y esos ojos estaban desnudos. Con esos ojos vi primero sólo sus ojos; por extraño que parezca, todavía no había visto verdaderamente sus ojos con tanta precisión, ni su dominio y su potencia y su irradiación. Cada una de sus miradas es incluso una mirada y otra mirada, y no tengo bastantes ojos para verte. Jamás había entrado en sus ojos y me era imposible entrar sin hacerlos reventar: era la profundidad prohibida, y sus ojos no tenían una voz que, surgida de sus trasfondos, me hubiera tranquilizado, tenían una claridad, una transparencia que demostraba que tenía que haber una manera de verlo ahí a él. ¿Qué rostro, qué cuerpo me esperaban? ¿Acaso podría mirar su cerebro como si viera en él los signos de sus ojos? Mis ojos nuevos eran, lo he dicho, penetrantes. Se abismaban en todas partes con un tan enorme apetito de ver el interior como por el abismo que se construían, arqueados, y huecos, con todas esas cavidades que nos servían de lechos, de estancias explorables, mal conocidas hasta ese momento porque nunca habíamos pensado que íbamos a encontrarnos en ellas; en cuanto a mí, cada vez que se había presentado un vacío siempre había cerrado los ojos, y cada vez me había caído adentro, estaba claro, dentro de la negrura del miedo.

Franqueamos todo, zanjamos todo, soltamos, lanzamos, disipamos sábado octubre mañana por encima de septiembre, por encima de agosto, que habíamos escrito *Osto* desde hacía años, a-meses

[*a-mois*], agujero dentro del año donde no podíamos vernos. Con todos esos *ostos* habríamos podido armar un año monstruo sin astros, completamente exorbitado, que habríamos guardado para después. París era *osto* a causa del día, un sábado, del color del día, azul-azul, de la extensión de las avenidas que atravesamos en todos los sentidos, que dimos vuelta, de las que divergimos, salvajes, ladinas. Corríamos, nos mirábamos correr. Nos vestimos, nos miramos vestirnos en los espejos de las casas de ropas [*habilleries*], él más grande, yo más chica, pero con la misma piel dada vuelta, extendida, oculta, descubierta. Pintársela, grabársela, tocársela. Gastos [*dépenses*], toma [*prend*], toma, toma, tomamos todo, toma toma, prendemos fuego², tomamos aire, tomamos el el, toma toma toma, todas las imágenes, las tallamos, las intentamos. Y eso prende³; la alegría prende, en el fondo. Prendió. Después vamos a ver el departamento Día bendito. Contamos los paneles de vidrio en el departamento, hay 365 y es natural. Lo señamos [*on le prend*]. Hace mucho tiempo que tenemos el apoyo de las cifras.

2. Se trata siempre del verbo “prendre” (tomar, pero también “prender”, como en el caso del fuego). (N. de la T.)

3. Ver nota anterior. (N. de la T.)



A mediados de octubre sábado quebrado, sembrado, como ayer y ayer de ayer, hace tanto calor que nacen moscas. Entra una abeja a la habitación. El cielo se oscurece, en todo el sentido de la palabra. Mi desaparición se adelanta como una figura de sueño y de pie junto a él la contemplamos venir dejarse ver para hacerse abolir por nosotros. Viene de ahora que no sabe dónde meterse. Sin apuro, porque ya es la sombra de ella misma y ella misma no sabe dónde posarse y entonces zumba dentro de la habitación donde sábado está grávido de lunes. Finalmente me atreveré a percibir mi cuerpo perdedor, mi cuerpo sangrante de partidas. Es alto y esbelto, con los cabellos negros ondulados, la cabeza inclinada, la curva de sus párpados no es la mía: es él quien baja los ojos en el camino.

Uno junto al otro, y la miramos: entiendo que sonreís, mi mejilla, mi sien me dan aviso. Estamos felices porque ya no somos miembros de lo cotidiano. Aquella que viene hacia nosotros con ese paso que no sabe dónde posarse es una figura de sueño en pleno mediodía. Pero ahí donde no dormimos no existe día que nos retenga o que nos engañe para que lo tomemos por un modelo de siempre.

Creemos, bajo la mirada uno del otro.

El pie izquierdo pisa adelante, y el derecho se dispone a seguirlo, pero no toca el piso sino con la punta de sus dedos, aunque su planta y talón se eleven casi verticalmente. Ese movimiento de la

desaparición que se prepara para desaparecer nos retiene, nos seduce. Hoy la distancia nos ofrece la belleza de nuestras formas vistas desde cada vez más lejos. Mis ojos a veinte metros lo acunan, a diez metros lo ciernen, a cinco metros lo cubren, a tres metros lo acarician con una única caricia desplegada. Ahí. No te muevas, no te muevas, mis ojos están colmados y abiertos. Ojos colmados de tu carne, vientres iluminados. Avanzá, lentamente, no te detengas, sí, avanzá, suavemente, un poco más, un poco más, ah, voy a desaparecer, crecés, no veo sino un pedazo de vos, pronto veo operarse la desaparición, pero qué importa entonces, la veo a través de su pecho donde estoy. El movimiento que él veía cuando mis ojos se acercaban a él expresaba a la vez la soltura ágil de una joven mujer caminando y un reposo seguro de sí mismo, un no-reclamo, que le daba, combinando una suerte de vuelo suspendido con una marcha firme, el encanto despojado de los seres que no tienen miedo de pasar.

Es lo que le digo a T. t., entonces: mi desaparición tiene el andar calmo de quien no tiene miedo de pasar. Estas palabras no estaban separadas. Me habían sido confiadas en una sola frase pulida, colmada, que inmediatamente le había pasado a T. t. Sobre ellas (esas palabras), tuvo lugar mi desaparición.

Ya no me acuerdo del pasaje.

Por la noche, L. vino a traerme algunos libros, difíciles de encontrar antes del advenimiento, y no pude evitar contarle la historia de la mosca, que me parecía que simbolizaba de modo agradable nuestro ser juntos, en una discusión matinal, antes de nuestro tránsito a través de la ciudad, y que trataba sobre mi dificultad para controlar mis gestos cuando los hago al borde del sueño, que se había agravado de modo sorprendente en esas últimas semanas. En efecto, me había pasado dos veces que me había entregado a

un acto inhabitual, banal sin duda, pero impactante en razón del momento en el que se había impuesto: me despertaba con un sobresalto en la habitación a oscuras animada por oscilaciones imperceptibles. Mi reloj marcaba una hora que desencadenaba en mí el nuevo día. Entonces me apuraba en llamar a L. por teléfono, según una promesa amistosa que había convertido ese acto en un ritual. Me atendía una voz dulce, me preguntaba sin impaciencia o sorpresa, con inflexiones de voz tranquilizadoras, me preguntaba amablemente quién era y qué pasaba. La primera vez había sentido una emoción tanto más violenta cuanto que todo me hacía dar cuenta de mi error; y sin embargo estaba convencida no solamente de que conocía la voz, sino también de que adivinaba algo, no sabía qué, y de ahí su calma y solicitud, y sin embargo yo no había puesto ningún nombre y no veía ninguna imagen, sino que me sumergía en un silencio ávido, escuchando, buscando, finalmente la escuché callarse como lamentándolo pero sin amargura. No llegué a decir quién era yo, ni a saber quién era ella. Y era yo la que cortaba el teléfono; ella esperaba. Sentí un raptó de amor loco por ella, la certeza de que mi error era la pantalla de una verdad. Pero ignoraba mediante qué números la había contactado. Y realmente me había equivocado de hora, era de noche, el día y la hora de empezar todavía estaban lejos, y cuando por fin me rodearon yo ya no estaba segura de nada. Recordaba que en otra vida a la vez lejana y cercana había amado a una mujer sin duda de más edad que yo, que todo lo sabía todo; más exactamente recordaba que ella me había amado “a pesar de todo”.

Durante la noche siguiente, otro llamado: soy llamada a llamar, pero esta vez, por suerte o mala suerte, no escucho la voz paciente; escucho los timbres de la campanilla del teléfono que atraviesan con una violencia súbita mi piel de sueño, y que empujan mi conciencia como se arroja a un indeseable a la puerta. Al caer me veo marcando un número que se deletrea a medias bajo mi índice

tembloroso, pero me aplasto sobre un despertar rocoso que interrumpe el gesto vidente. Permanecen en mí las cinco primeras cifras y la esperanza de que, si ella no atendió, es porque quizás no haya escuchado, y entonces es como si yo no hubiera hecho nada. 53333. No le hice nada malo. Recuerdo su dulzura. No le dije quién era porque no sabía entonces quién era, y en ese momento en que le explico a T. t. que tengo miedo de hacerle daño a alguien que amo mientras duermo (develar, matar, derribar, denunciar, todos los demonios están dentro de mí en el infinitivo de amenaza), leo en sus ojos tensados hacia mí con todas sus pestañas, que él conoce el número de la voz paciente. Estamos sentados con las piernas cruzadas cuando le digo 5, 3, 3, 3, 3 y lo repito, asombrándome por escuchar recién en ese segundo la multiplicidad de los 3. Me lo digo a mí misma 533, 33, 33, 33, esto pasaba en 533, a 533 grados en la escala de Jacob, tengo 3 años, tengo 33 años, él tiene 53 años menos 3, no era una abeja sino una mosca que planeaba frente a nosotros a un altitud de 33 sobre el nivel de la madre⁴, aquella que me habló alguna vez. Y he aquí que me vi invadida por un presentimiento: ella se acerca, me parece –digo– que el teléfono va a sonar, estoy poseída por una exaltación análoga a la que siento cuando repaso mis sueños, mi corazón se desplaza, se corre a la derecha, se enrosca en el centro, se tensa.

Con la boca abierta, con los ojos abiertos, con las manos abiertas, como si estuviera en una misa ansiada. La mosca se me mete en la boca. Ostia alada, muy pequeña pequeña p..., ¿qué haces? Habría podido volver a la alfombra, y hacerla volver a ella, toser, escupir, sacarla con la misma fuerza sin brusquedad que ella mostró al lanzarse sobre mí, pero era tan pequeña, y lo que nos sucede es tan grande. Me repugnaba interrumpir el curso de nuestra historia

4. *Niveau de la mère* en el original, en un evidente juego con “niveau de la mer”, el nivel del mar. “Mère” significa madre. (N. de la T.)

feliz donde alcanzábamos los extremos y nos acercábamos a todos los misterios para anunciar ese hecho innegable e insignificante que era que me había tragado una mosca. Enunciado inexacto y no solamente impertinente, por otra parte: no era una mosca común y corriente, ella (o *él*) era más chiquita y más movediza que lo que llamo una mosca, y la fineza colorida de sus alas la hacían parecer esas ínfimas maripositas nocturnas de color verde almendra, libélulas reducidas a dos milímetros que son tan devotas en septiembre. Además no estaba segura de habérmela tragado, simplemente había desaparecido en el momento en que estaba tan cerca de mi boca que no podía haber otro lugar de desaparición, ya no estuvo afuera de mi boca, de pronto, siguiendo el modelo desnudo de mi propia desaparición de pie ligero. Sentí apenas después una imperceptible irritación de la campanilla, lo que me hizo pensar que había pasado por ahí. No iba a hacer una historia de eso, ni iba a destinarle a una mosquita el tiempo de una frase. Tragué. Qué felicidad tan conocida y sin embargo única escuchar la voz alegre de T. t. decirme, perra de caza alegre y jadeante: ¿no era acaso 533 33 13? Sí, sí, 13, es ella, ella. ¿Quién? Me lo dijo con efusividad, con la pasión del juego de la pasión y estoy colmada de espanto, de miedo, no sé, lo que escucho me deja paralizada, me hiela, no puedo evitar volver a mis primeras sospechas y temer la incursión dentro de mí del demonio Develar, mi alegría ahora está entrecortada por la vergüenza, pienso con temor, desde la punta apenas perceptible de una pregunta que no se quiere desplegar. Pero lo que importa es la actitud de él: en efecto, está feliz. Ningún emisario del trasmundo opacará jamás su alegría. Lo que nos llega, cualquiera sea su origen, se convierte en algo bueno cuando nos aborda. Él está feliz, me asalta con un sinfín de preguntitas extrañas, cómplice encantado de Develar, hasta que yo misma me maravillo de ese acto cuyo desafío es ciertamente la diferencia entre la vida y la muerte, entre el conocimiento y la ignorancia absolutos.

Después cortamos París de frente y obtuvimos todos nuestros reflejos en las casas que venden prendas de vestir [*habilleries*], pero ahí es cuando la (o *el*) mosca volvió. Primero uno siente una irritación ligera, nos rascaríamos si pudiéramos alcanzar ese punto del gaznate uno se toca la garganta. Me preguntaba si la mosca se habría “posado” en alguna cornisa oscura y púrpura de mi garganta. Después todo se aceleró: primero alguien me seca la garganta lo bastante rápido, alguien quiebra mi voz que se convierte en tiza alguien prende fuego. Ya no puedo hablar sino mediante signos, y apenas respirar. Beber. Diagnóstico de una muerte estúpida. Coca-Cola. Moraleja: las leyes de lo arbitrario. Un crítico dijo que en mi último libro se veía “el hormigueo de las anotaciones precisas sobre las cosas de la vida más cotidiana”. No se debería decir en un libro que uno ya ha escrito un libro. Hay es necesario que haya una ley que deba penar este tipo de adulterio. Cito esa frase por su alta tasa de brotes de sentido, al menos para mis oídos. Entonces que haya llegado a serme susurrada me parece completamente pertinente. Primero a causa del misterioso sintagma “las cosas de la vida *más cotidiana*” (la menos cotidiana, y la más o menos cotidiana, y todas esas capas de vida donde no recuerdo jamás haber dormido). Luego a causa de las hormigas asociadas con las moscas y las tijeretas. Las hormigas hormigean afuera, llegan a uno desde afuera. Cuando uno tiene hormigas en los miembros se van por sí mismas al cabo de un cierto tiempo. No hay nada más repugnante que esas colonias de hormigas negras que se trepaban sobre mi lecho de enferma hace algunos años, silenciosas, tan rápidas que su movimiento era fluvial, un agresión dividida al infinito que apuntaba a cada célula de mi epidermis, que me despedazaba y no en partes imaginables y tradicionales (tronco, miembros, cabeza, diversos órganos, esqueleto) sino en millones de parcelas de carne, obligándome a imaginar mi desintegración última. Una hormiga

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA